

EL URUGUAY DE BORGES: OTROS DOCUMENTOS

PABLO ROCCA

Universidad de la República (Uruguay)
xprocca@adinet.com.uy

I

Lamento tener que empezar esta breve presentación con un comentario que me involucra pero, como se verá, la aclaración es imprescindible. Después de varios años de labor, después de las acostumbradas esperas editoriales, en setiembre de 2002 apareció *El Uruguay de Borges. Borges y los uruguayos, 1925-1974* (Montevideo, Universidad de la República/FHCE/-Linardi y Risso). Se trata de un volumen de 222 páginas que casi no circula fuera del país –ni siquiera circula mucho adentro– en el que en una primera sección se reúnen artículos del suscrito y de su entonces equipo de investigación del Programa de Documentación en Literaturas Uruguayas y Latinoamericanas, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (Universidad de la República).¹ Aparte de estos trabajos y de dos abundantes bibliografías, el mencionado volumen recoge siete reseñas críticas precursoras en Uruguay –entre 1925 y 1945– sobre diferentes libros borgianos; dos polémicas que provocó su obra al interior del campo literario uruguayo junto a tres artículos muy críticos de la obra y la persona del escritor argentino (uno de ellos, en rigor, una serie de opiniones diversas y adversas de Ángel Rama). Hay, también, una entrevista de 1945, sin firma, nunca reco-

gida en libro, y una doble versión de una conferencia de prensa brindada por Borges en Montevideo en 1955 (a cargo, respectivamente, de Homero Alsina Thevenet y de Juan Carlos Onetti, firmas que identificamos a partir de una fotografía), así como la versión taquigráfica de una conferencia borgiana sobre literatura fantástica (1949). Por último, se agregan algunas piezas epistolares inéditas dirigidas por el escritor a María V. de Muller y de Leonor Acevedo de Borges a Elda Lago. *Ningún material* relacionado directamente con Borges, y compilados por primera vez en este libro, encontró lugar en los dos recientes volúmenes editados por Emecé en Buenos Aires: *Textos recobrados, II, 1931-1955*, 2001; *Textos recobrados, III, 1956-1986*, 2003, que juntan textos del escritor argentino que este descartó de la edición de *Obras completas*, al tiempo que efectúan una antología de entrevistas y de encuestas, por lo menos bastante caprichosa ya que no se aportan criterios precisos ni, por lo tanto, convincentes.²

La relación de Borges con Uruguay y con los uruguayos, como se desarrolló en la introducción del antecitado volumen («Historias nacionales de un diálogo complejo», págs. 11-42), se remonta a los primeros años de su vida y nunca supo de interrupciones, ni siquiera en los últimos años de su vida cuando, en plena dictadura militar, era habitual su presencia para dictar conferencias en Montevideo o en Punta del Este. Eso, al margen de que cualquier lector asiduo de su obra sabe que la presencia del Uruguay –su historia, su topografía– y de sus escritores o aun de sus caudillos, aparece una y otra vez en cuentos y poemas, además de haber escrito muchos ensayos y reseñas sobre literatura uruguaya. Ningún otro país del planeta, naturalmente fuera de Argentina, conoce esta predilección borgesiana. Es que, como propusieramos en la introducción a *El Uruguay de Borges...*, el escritor que se empeñaba en llamar a la República Oriental del Uruguay con su antiguo nombre «Banda Oriental» –justamente el nombre que tenía antes de constituirse en Estado independiente–, obedece a que concibe una esencial unidad en la región pampeana de colonización hispánica, que incluye una «Banda Occidental» (la pampa Argentina, quizá ni siquiera todo su territorio) y una «Banda Oriental» del Río de la Plata que, en un texto llamó ese « *río de sueñera y de barro*». Esa unidad se detiene en la frontera con Brasil, al que consideraba un país remoto y aun bárbaro, con lo que, paradójicamente, Borges realiza un doble movimiento por el que puede cuestionar y afirmar las fronteras nacionales, cifrando la hermandad en la lengua común y en una criolledad que, desde luego, deslinda en relación al caso de Río Grande do Sul.

II

Dos de los textos que se dan a conocer en esta oportunidad son «descubrimientos» *a posteriori* de la publicación del libro mencionado. El primero, «Borges y Xul Solar», es un artículo breve y tardío del poeta, narrador y ensayista Ildefonso Pereda Valdés (Tacuarembó, 1899-Montevideo, 1996)

sobre su relación con el pintor y con el escritor argentinos, a quienes estaba ligado desde la primera juventud.³ Justamente, en la biblioteca que perteneció a un íntimo amigo de Pereda, el escritor Nicolás Fusco Sansone, hay un ejemplar de la primera edición de *Luna de enfrente* (1925) –que pudimos ver con el poeta Enrique Fierro hace pocos meses– que contiene esta divertida dedicatoria: «A Ildefonso Pereda Valdés, autor de aciertos suyos y escuchador (esta tarde) de disparates nuestros a querosén».⁴ El segundo rescate es una entrevista a Borges que, como se establece en la nota al pie correspondiente, realizó en Montevideo el ahora olvidado crítico literario Hugo Rodríguez Urruty (Montevideo, 1920-circa 1980), para su revista *Agón*, en 1956, a pocos meses de la caída del gobierno de Juan Domingo Perón (setiembre de 1955). Derrocado el peronismo por la «Revolución libertadora», este nuevo régimen unge a Borges director de la Biblioteca Nacional. El entusiasmo político con el que habla de flamante proceso *de facto* es simultáneo a las expresiones de fervorosa adhesión que emitió en la citada conferencia de prensa, registrada en *El País* por Alsina Thevenet y en *Acción* por Onetti, ante quienes se despacha violentamente contra Leopoldo Marechal porque ha escrito un poema en homenaje a Eva y Juan Perón, pero también contra Ezequiel Martínez Estrada, al que impugna sus opiniones críticas sobre el nuevo gobierno.⁵ En las declaraciones a Rodríguez Urruty renueva –si bien con moderación– sus críticas a Martínez Estrada, quien contestaría esas críticas montevideanas en otra entrevista, que por su parte ofreció al diario porteño *Propósitos*, el 10 de julio del 56. Borges contrarreplicará en una nota del número 242 de *Sur*, hoy reunida en libro.⁶ Interesa, en la entrevista de quien no cesa de llamarlo «Maestro», la capacidad para eludir una respuesta a los severos escritores jóvenes de las revistas porteñas *Ciudad* y *Contorno*, así como el elogio parcial a Enrique Amorim (Salto, 1900-1960), a quien, en diferentes artículos de la revista, Rodríguez Urruty considera uno de los mayores narradores uruguayos contemporáneos y con quien Borges estaba relacionado, porque aquel se había casado con su prima uruguaya Esther Haedo (1899-1996).

El último de los textos es el más curioso. A él llegué hace muchos años, y ha servido como una de las múltiples fuentes para un artículo cercano sobre «Avelino Arredondo»,⁷ cuento incluido originalmente en *El libro de arena* (1975). Se trata del discurso que pronunció el matador del presidente uruguayo Juan Idiarte Borda, a quien ultimó de un balazo el 25 de agosto de 1897, acontecimiento que Borges tomará casi sin alterar los hechos sustanciales en su relato. Esta pieza se encuentra al final de un folleto de Luis Melián Lafinur, *Causa política de Avelino Arredondo*, 1898, que en realidad junta la defensa del magnicida que estuvo a cargo de este brillante abogado, político y escritor, a su vez tío segundo de Borges, quien tanto lo admiró como vuelve a decirlo en la entrevista publicada por *Agón*. La lectura de este alegato servirá para acercarse, de otra manera, al cuento publicado casi ochenta años después de que ocurriera el episodio fatal.

BORGES Y XUL SOLAR⁸

Ildefonso Pereda Valdés

En su casa de la calle Maipú, compartí la mesa amistosa y cordial de Jorge Luis Borges, en compañía de su madre doña Leonor Acevedo de Borges, como tantas veces lo había hecho en otra etapa un poco lejana de mi vida en Buenos Aires. Era aquella la época ruidosa y un tanto novelera de la revista *Martín Fierro*, de las polémicas con Larreta y Gabriel, del iconoclastismo lugoniano, del futurismo de Marinetti y del cubismo de Picasso y Juan Gris, que Pettoruti representaba brillantemente en Buenos Aires, de Xul Solar, filólogo y extravagante pintor que inventaba idiomas como el neo-criollo que él solo hablaba, de Macedonio Fernández con sus paradojas metafísicas. Del movimiento martinfierrista historiado por Córdoba Iturburu y Eduardo González Lanuza en *La revolución martinfierrista* y en *Los martinfierristas*, y lo será en breve en *Las memorias de un provinciano* de Carlos Mastronardi, participaron escritores hoy muy reconocidos como Eduardo Mallea, Leopoldo Marechal, Francisco Luis Bernárdez, Eduardo González Lanuza, Ulises Petit de Murat, Córdoba Iturburu, Ricardo Molinari.

Entonces ya Borges era un erudito y un innovador, que había traído desde España las novedades del vanguardismo y avergonzado las paredes de Buenos Aires con estridentes carteles de una revista mural, en colaboración con González Lanuza.

Borges publicaba sus primeros libros de poesía y sus primeras tentativas fueron la evocación de lo criollo a través del recuerdo sin caer en lo anecdótico superficial como lo hiciera Blomberg. En sus primeros libros *Luna de enfrente* y *Fervor de Buenos Aires*[,] aparecían proyectadas trágicamente las figuras de Rosas y Quiroga, mostrando su afición –nunca abandonada– por los patios coloniales, por los orilleros y compadritos, por los guapos de Chiclana y Balvanera, afición que persiste en su último libro *Para seis cuerdas* [sic][,] ilustrado por Basaldúa, y editado por Emecé. Entonces Borges no había descubierto su afición a la metafísica y hacía lo fantástico.

Recordamos con Borges nuestros buenos tiempos pasados y la conversación recayó en la evocación de una figura desaparecida, muy unida a los dos en amistad, la del pintor y políglota Xul Solar, que había modificado su apellido alemán Schultz, con el grafema [sic] Xul, que suena lo mismo que Shultz, pero es más fino, y lo de Solar lo adoptó por su culto al sol, ese culto que parte de los babilonios y de los incas, y ha tenido sus héroes mitológicos desde Hércules a Bolívar. En verdad nunca supe el «cognomen» de Xul Solar, esa vulgar denominación de Carlos o José que separa y diferencia a los López y Martínez. Para mí y para todos fue siempre Xul Solar.

Recordamos su tentativa de crear un idioma universal que él llamó neo-criollo y que no pudo conseguir que pasara los límites de su propio conocimiento. Una vez me insinuó que yo escribiera un libro en neo-criollo, le objeté el inconveniente que sólo lo entendiera [sic] él y yo. Recuerdo que en neo-criollo existían dos fórmulas de saludo, una vulgar y cotidiana, Chi-Chao, y otra grande, más cortés y más cargada de afectividad con algo de la cortesía china: San Chao.

Xul preparaba una gramática del neo-criollo que nunca terminó y un vocabulario. De tal modo ese idioma fallido, sólo se recuerda por tradición oral, como en el caso de estas dos palabras que cito. Una vez indagando sobre las nuevas extravagancias de Xul Solar, me dijeron dos señoritas argentinas que habían inventado una nueva notación musical: pero su método ofrecía un gran inconveniente práctico, había que fabricar pianos especiales para aplicar su teoría.

Borges me decía que debíamos dedicar un homenaje a Xul, escribir sobre él. Yo le sugerí un número especial de una revista que podría ser *Sur*. Le recordaba a Borges que muchos pintores lo habían conocido y podían escribir sobre su obra dispersa en pinacotecas particulares[,] y agregué que desgraciadamente los pintores son poco cultos y no tienen estilo literario. A lo que Borges subrayó: y los escritores también. Cabe organizar una exposición retrospectiva de sus obras plásticas; pero lo más bello de él, la conversación se perdió Xul era de aquellos espíritus que ponen el genio en la vida y apenas su talento en la obra.

Yo cumplo con Borges al evocar con estas líneas la figura singular de aquel erudito, pintor, lingüista y excelente amigo, que animara nuestras tertulias literarias del Royal Keller y de La Peña con sus agudezas y sus portentos eruditos, aquel conversador ameno e infatigable caminador de los barrios de Buenos Aires, que además era astrólogo y hubiera sido mago al vivir en los tiempos de Zoroastro que se interesaba por los misterios esotéricos, la teosofía, el hinduismo, los mitos y las leyendas.

Al despedirme de Borges, me dijo: «*Tratemos de salvar a nuestro amigo del Leteo*», y a esa salvación amistosa contribuyo con esta sencilla pero emotiva nota.

PREGUNTAS A JORGE LUIS BORGES⁹

Hugo Rodríguez Urruty¹⁰

—Tal como le anticipáramos, es nuestro interés dar desde Agón su respuesta —o su interpretación— a algunos de los problemas planteados en esta hora a la cultura argentina. Y queremos asociar su nombre con el de Martínez Estrada, cuyo testimonio recogimos no hace mucho.

—Pero Martínez Estrada y yo vemos las cosas de modo muy distinto. Yo creo que nuestro deber es apoyar al gobierno que representa a la Re-





